TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LOS ESTADOS UNIDOS EN 1974 — EQUILIBRIO

— III —

LOS Estados Unidos han estado sometidos a tentaciones miméticas durante unos años, algo menos de un decenio. Ha habido un momento en que sus minorías más activas —intelectuales y políticas— han sentido un cansancio de lo que los Estados Unidos eran, y han querido cambiar. Pero ¿no es eso excelente? Y ¿por qué hablar de tentación?

Lo que pasa —y es lo que explica las palabras que acabo de emplear— es que esos americanos empezaron a cansarse de la imagen que de su país les ofrecían muchos extranjeros, especialmente la que importaban los millares de estudiantes americanos que pasaban un curso o más en Europa o Hispanoamérica. Por eso ese fenómeno fue en una proporción muy alta universitario. Ahora bien, esa imagen no tenía mucho que ver con la realidad, y además el resultado de esa voluntad de cambio no fue el descubrimiento de nuevas posibilidades, sino más bien la imitación o copla de formas de otros países; por eso he hablado de mimetismo.

Por ejemplo, los Estados Unidos han estado jugando a la división y a la discordia. No sé cuántas veces se habrá dicho en periódicos españoles o de otros países que estaban «al borde de la guerra civil». No puede imaginarse nada más grotesco. Es cierto que si en otros lugares se hubiesen dicho y escrito las cosas que se han oído y leído aquí, la situación sería esa. Es cierto también que hay cosas muy peligrosas, con las que no se puede jugar, y ha sido una imprudencia. Pero, por supuesto, no ha pasado de un juego.

Quizás el lector, al llegar aquí, ha reparado con sorpresa en mi insistente uso del pretérito. Pero —se preguntará—, ¿es que eso ha acabado? ¿No están los Estados Unidos en el centro de una crisis de las más graves de su historia? Bueno, yo creo que están en una crisis, pero no en su centro; recuérdese que advertí que lo más grave había pasado ya hace un año —aunque su liquidación espectacular sea reciente—, y por eso no habían perdido vigencia mis artículos de 1973. De esta crisis no se saldrá hasta 1976; pero su fase aguda, su capacidad de comunicación y expansión, su carácter contagioso, pertenece ya al pasado. Los gestos que parecían «actuales» hasta hace poco tienen ya un aire extemporáneo, trasnochado.

• • •

Es sorprendente la repulsión que la sociedad americana siente por todas las formas del extremismo. Se puede sentir momentáneamente fascinada por una u otra, puede dejarse impresionar por una propaganda hábil e insistente, sobre todo cuando los recursos son poderosos. Pronto siente una curiosa fatiga. Empieza a encontrar que es todo muy monótono —el extremismo es, efectivamente, de una falta de imaginación desesperante y se repite durante siglos: los «tradicionalistas» y afines están diciendo lo mismo desde Louis de Bonald y Joseph de Maistre y sus imitadores de todos los países, desde hace casi siglo y medio; los «revolucionarios», desde que se acabaron las revoluciones verdaderas, se han convertido en discos rayados; dicen lo que leía ya en mi lejana adolescencia, y entonces ya era muy viejo—. Además, le parece todo exagerado, desajustado de la realidad, cuestión de palabras sin respaldo efectivo. Encuentra, finalmente, que hay una gran desproporción entre lo que pasa —incluso lo malo que pasa— y los remedios que se proponen, y que suelen ser mucho peores. Al cabo de unos meses o de muy pocos años, el americano se siente invadido por un hastío que se acerca a la náusea.

Es lo que pasó hace exactamente veinte años con el movimiento dirigido por el senador Joseph McCarthy. Después pasó con los «militantes» negros, de los que se cansaron principalmente los negros. Luego, con una serie de movimientos de los que aquí se llaman «radicales», que culminaron en 1968-70, cuyas figuras más notorias han caído en el olvido. Va a pasar —está pasando ya— con los que han impulsado la crisis política englobada bajo el nombre de Watergate. Hasta tal punto es así, que casi nadie ha querido llevar la dirección. Los demócratas, aunque se beneficiaban de una tempestad que afectaba a una administración republicana, no han querido aparecer como los interesados y rectores, no fuera a ser que un vendaval de dirección opuesta los barriera; los republicanos no han querido identificarse con Nixon y lo que representaba; solamente algunas figuras menores que no existían antes y que, por tanto, no tenían nada que perder y sólo podían ganar, han tratado de aprovechar la ola para encumbrarse con ella.

• • •

¿Por qué pasa esto? ¿Por qué esa propensión al equilibrio del pueblo americano? ¿Por qué ese desagrado hacia lo exagerado, extremista, «radical», discordante? No creo que se trate de placidez, apacibilidad, benevolencia. Todo esto abunda en los Estados Unidos, pero no faltan rasgos de dureza, violencia, hasta brutalidad. En otros lugares, serían suficientes para romper el equilibrio, para hacer que el país se precipitara en una dirección extrema, tal vez para pendular luego violentamente en la contraria.

Hay una razón más, en la que no suele repararse. Lo que pudiéramos llamar el carácter «realista» —con palabra impropia—, pragmático, del pueblo americano. El extremismo suele ser verbal, cuestión de palabras, fórmulas, consignas. Que de ellas se siga el desastre, la destrucción, la muerte o la miseria, eso es otra cosa. Originariamente son palabras, cosas que «se dicen»; palabras incontrolables, irresponsables, que no quieren decir nada preciso. Si se tomara a los extremistas por las palabras, si se los obligara a explicarse —en diálogo socrático, cortado, con preguntas y respuestas—, enmudecerían. No saben más que gritar. Por eso no quieren saber nada de parlamentos —de verdaderos parlamentos donde se trata de las cuestiones—; les aterran los «ruegos y preguntas», las «conferencias de prensa». Si después de que gritan su consigna se les preguntara: Y eso ¿qué quiere decir? ¿Qué van a hacer ustedes? ¿Cómo van a resolver los problemas reales?, no sabrían qué decir.

Los americanos tienen una larga tradición de eficacia. Están acostumbrados a «get things done», a que se hagan las cosas, y no sólo se hable de ellas. Han visto cómo se ha ido ocupando el territorio, se han ido trazando y tendiendo ferrocarriles, se han ido construyendo carreteras y puentes; se han sembrado los campos, se han criado los innumerables rebaños que vemos en el cine; se han extraído los minerales del suelo; se han levantado ciudades con escuelas, iglesias, periódicos; se han creado industrias, se han organizado universidades, se han ido acumulando millones y millones de libros en gigantescas bibliotecas, en pequeñas bibliotecas diseminadas por todos los pueblos del país. Se han hecho invariablemente elecciones políticas y administrativas durante dos siglos, con partidos que ganan y pierden, sin una dictadura, sin una revolución después de que se consiguió la independencia, con una sola guerra civil cuya sombra pesa todavía sobre el país.

No se puede «abreviar» la realidad de una fórmula, en una consigna; no se puede echar la culpa a «ellos» —sean los que sean—; no se resuelven las dificultades con un ídolo, ni con un partido satánicamente endiosado, ni con unas palabras mágicas, una especie de «Abracadabra». Nada de esto es serio. Hay que hacer las cosas.

Y esta es la fórmula de la concordia. Las cosas son las que obligan a los hombres a coincidir en lo fundamental, a diferir en las perspectivas o puntos de vista. Cuando se considera a los hombres que hacen algo —filosofía, pintura, máquinas, pan, deporte, cine—, se ve que hay siempre diversidad y convergencia. Son muy distintos, pero se entienden. Los que no se entienden —ni entre sí ni con los demás— son los que no hacen, pero quieren deshacer. Y la impotencia es tan cansada, tan aburrida... Goethe dice del diablo que «es el espíritu que siempre niega». ¡Siempre! ¿Cómo extrañar que sea tan aburrido?

Julián MARIAS

A PESAR DE TODO — LA HERENCIA DE ROUSSEAU

HACE cincuenta y tantos años, tal vez más de sesenta, en las páginas de este mismo periódico, don Miguel de los Santos Oliver publicó una serie de artículos tremendamente alarmistas acerca de Juan Jacobo Rousseau y su «herencia». No fue él, sin duda, el primero en ver el asunto desde este ángulo, ni, por supuesto, tampoco sería el último. La gente de mi edad, durante lustros, ha podido escuchar en determinados aniversarios rituales, oficialmente sostenidos, la solemne deprecación: «Cuando en marzo de 1762 un hombre nefasto, que se llamaba...» .El señor Oliver compartía la censura explícita del adjetivo. La densa violencia de finales del XVIII, en Francia, exigía una explicación, a base de unos «culpables» claros, a quienes luego cabría atribuir cualquier consecuencia lógica o ilógica de lo ocurrido y por ocurrir. Los «intelectuales» cargaron con el mochuelo. Como siempre.

C'est la faute à Voltaire,
c'est la faute à Rousseau,

decía una cancioncilla de la época. Al sur de los Pirineos, el clero acentuó la nota sobre Voltaire. Todavía en mi infancia, los predicadores echaban pestes desde el púlpito contra el ya casi olvidado Arouet. De Diderot no se quejaba nadie: las lecturas de los apologetas no llegaban a tanto. O puede que a Diderot y a los demás —«libertins», «enciclopedistas»— les metiesen en un mismo saco de anatema, sin necesidad de puntualizar... En todo caso, frente a la exclusiva que curas y frailes dedicaban a Voltaire, Oliver quiso señalar otra fuente del «mal». Mucho más eficaz —esto es: nociva, perniciosa—, a su entender.

A estas alturas, el debate sigue siendo tan confuso como entonces. Voltaire y Rousseau, en efecto, sirven para simbolizar las dos corrientes de pensamiento, antípodas, que confluyeron en la germinación revolucionaria del Setecientos. Racionalista el uno, irracionalista el otro, irreconciliables en última instancia, fueron asumidos en la mezcla ideológica de entonces. Huelga decir que el terremoto político del 1793 no fue un acontecimiento de salón, y que las serpentinas *argumentatorias de los «filósofos» apenas eran* asequibles a la reducida minoría que sabía leer. Hoy, los historiadores apenas saben decidir de qué lado se inclina la balanza. ¿Fue más incisiva la labor crítica de los racionalistas, o bien contribuyó más a la conmoción el nuevo entusiasmo que despertaban los irracionalistas, los «rousseaunianos»? El tiquismiquis erudito —¿tiquismiquis?— no entra en mis cálculos, ahora. Don Miguel de los Santos Oliver «desconfiaba» más de Rousseau que de Voltaire. ¿Por qué? En parte, supongo, porque la «herencia» de Rousseau se le presentaba más evidente, más enérgica, más extendida. Tras un poema de Espronceda o de Bécquer, tras las devotas o épicas expansiones de «mossèn» Cinto Verdaguer, y, claro está, en el trasfondo de Víctor Hugo y de Baudelaire, Oliver adivinaba —o veía— al barrabás de Ginebra. Todo el romanticismo fue una hijuela de Rousseau. El hecho de que, en su amarga intimidad, Oliver no pudiese dejar de sentirse un poco «romántico», agravaba su miedo. El no ignoraba lo que, directa o indirectamente, le «debía» a Rousseau. Un simple verso efusivo, por ejemplo.

Oliver fue un poeta muy estimable. Y con pocos «versos efusivos», dicho sea de paso. Su función pública se tramitó, en buena parte, mediante artículos en «La Vanguardia»: un docto consejo de conservador para una clientela conservadora. De ahí que se inquietase particularmente con Rousseau. Voltaire era más difícil de digerir, y la gente prevista, con las oportunas ayudas parroquiales, ya lo vomitaba. Pero Rousseau... ¿No figuraba Rousseau en la genealogía de Prat de la Riba, pongo por caso? Rousseau, *interpretado como Dios manda*, habría puesto los pelos de punta a don Enric. Pero con los metabolismos germánicos o germanizantes, de la «Escuela Histórica del Derecho» y del importantísimo Savigny, hasta la Lliga fue ligeramente rousseauniana. La piedra de toque es la «Ilustración»: el dichoso racionalismo. Le repugnaba al señor Prat, le repugnaba al señor Cambó, y le repugnaba al señor Oliver, en definitiva. Don Eugeni d'Ors pretendió ser la excepción. Xenius, a partir de un instante que yo no sabría precisar, aspiró a ser un Voltaire de derechas: de ahí sus consignas de «rechazar contra Voltaire el "Diccionario Filosófico Portátil"», y lo de la encantadora broma emergente de reclamar «la Marsellesa de la Autoridad». Hasta un poco rousseauniano fue el doctor Torras i Bages, dicho con todos los respetos a las mitras. La coraza tomista, sin embargo, no fue tan impermeable como parecía... Rousseau era la «democracia» y a la vez el «sentimiento», era la «revolución» —«la revolución permanente» dijo Oliver antes que Trotski— y el «amor», era la «ira» y la «ternura»... La sonrisa ácida de Voltaire erosionaba estos aparentes antagonismos.

En nuestra convivencia, el rousseaunismo sigue en pie. Todo eso de los «espacios verdes», de la «ecología», de las pedagogías de Freinet, de Piaget, de Neill, de Illich, de los sociólogos partidarios de la tartana contra el avión polucionante, de los pseudoeconomistas walterscottianos que se indignan contra las «multinacionales»... La ventaja de Voltaire sobre Rousseau —o de Diderot sobre Rousseau— fue que no iba contra «el sentido de la historia». Todo lo contrario. «Racionalmente», racionalísticamente, las dificultades —que las hay, ¡ay!— pueden encontrar remedios o paliativos. Lo que salta a la vista como pura inutilidad o inepcia es el improvisado Rousseau de 1974. La polución y las multinacionales, la máquina y la escuela, la «ibeeme que piensa» y la lucha de clases, no son pertenencias de la poesía o la tontería lírica... Si hoy pudiese ser don Miguel de los Santos Oliver un interlocutor activo —o si lo es su fantasma—, uno podría hacerle ver que la «herencia» de Rousseau tampoco pone en peligro nada: un campamento de hippies es una molestia incidental, y Freinet ya está en decadencia... Voltaire, en cambio, o Diderot: la «razón»... ¿Hay nada más «radical» que un raciocinio bien asentado?... Oliver se equivocaba. Rousseau, a pesar de todo, también era un conservador...

Joan FUSTER

ARSUAGA Y CIA.
PASAJES - HERRERA (GUIPUZCOA)
Teléfono 39-08-87 — Télex 36303
IMPORTADOR DIRECTO
OFRECE ARTESANIA CHINA
SOLO COMERCIOS
EXPOSICION
Avda. Catedral, 14, 3.°, F.
Teléfono 319-67-74 - BARCELONA

TANQUES PARA FUEL TIPO CAMPSA
en stock desde 3.000 a 70.000 litros y varias medidas
SVIROPO S.A.
Tel. 211 36 16 P.° San Gervasio, 73

PIANOS ORGANOS
Izabal
MAXIMAS GARANTIAS
SERVICIO INMEJORABLE
ZENDER * HSINGHAI
DANEMANN * SCHIMMEL
STEINBERG * THOMAS
BUENSUCESO, 5 · Tel. 302 07 32

PAVIMENTOS
cerámicos - artísticos desde 200 ptas. m.2 Azulejos decorados 2'50 ptas. pieza. Plaqueta decorado fachadas 225 ptas. m.2. Azulejos 1 pta. unidad. MARVEN, Travesera de Las Corts, 188, esquina Carlos III, Barcelona, o en Avda. Barcelona, 34, Santa Perpetua de la Moguda

leiter
CENTRO DE INFORMATICA DE BARCELONA
diputación, 280 pral. t. 318-54-36 y 318-59-36
Centro únicamente especializado en INFORMATICA
IBM
CURSOS DE INFORMATICA
PROGRAMACION
PROXIMOS CURSOS
28 de noviembre
MARTES Y JUEVES
de 19.30 a 21.30 h.
30 de noviembre
Sábados, de 17 a 21 h.
Incluidas prácticas con Ordenador en Centro de Cálculo
PERFORACION
PROXIMOS CURSOS
28 de noviembre
MAÑANA
de 9.30 a 12.30 h.
TARDES
de 16.30 a 21.30 h.
una hora diaria a escoger
INFORMACION Y MATRICULAS: de 9 a 13 y de 17 a 21'30 h.